

Neoliberalismo, auge del fascismo y universidad en América Latina

MIGUEL ÁNGEL URREGO ARDILA

Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Resumen

Las universidades a nivel mundial afrontan una fuerte ofensiva de partidos de extrema derecha que buscan someter las corrientes críticas y poner las instituciones a su servicio. Para ello han desatado una ofensiva que contempla campañas de desprestigio a los profesores y las universidades; la generalización de los sistemas de educación a distancia; la eliminación de la financiación estatal y el aumento de la privatización; el establecimiento del clientelismo a través del manejo discrecional e individual de becas; y la imposición de códigos de ética y comportamiento que establecen imprecisas faltas a la moral, niegan la movilización e impiden el pensamiento crítico. América Latina atraviesa en estos momentos una compleja situación debido a la implementación de muchas de las medidas concebidas por la extrema derecha, aunque en ocasiones es el propio populismo de izquierda quien las establece. Sin embargo, también se desarrolla resistencia por parte de los actores universitarios que buscan la financiación total de la educación, la autonomía universitaria, la formación en pensamiento crítico y la inclusión de minorías.

Palabras clave: neoliberalismo-universidad, fascismo-universidad, populismo-universidad.

DOI: <https://doi.org/10.36888/udual.universidades.2026.107.875>

Neoliberalismo, ascensão do fascismo e universidade na América Latina

Resumo

As universidades do mundo enfrentam uma grande ofensiva por parte dos partidos de extrema direita que estão procurando submeter as correntes críticas e ter às instituições no seu serviço. Para isso têm começado uma ofensiva que inclui campanhas de desprestígio contra professores e universidades; a eliminação do orçamento estatal e o aumento da privatização; a generalização dos sistemas de ensino a distância; o estabelecimento do clientelismo através da gestão discricionária e individual das bolsas de estudo; e a imposição de códigos de ética e comportamentos que estabelecem falhas imprecisas na moral, negam a mobilização e impedem o pensamento crítico. A América Latina atravessa agora uma complexa situação devido à implementação de muitas das medidas nascidas na extrema direita, ainda que por momentos seja mesmo o populismo de esquerda quem as estabelece. No entanto, se desenvolve, à sua vez, uma resistência por parte dos atores universitários que procuram o financiamento total do ensino, a autonomia universitária, a formação do pensamento crítico e a inclusão das minorias.

Palavras-chave: neoliberalismo-universidade; fascismo-universidade; populismo-universidade.

Neoliberalism, the Rise of Fascism, and the University in Latin America

Abstract

Universities worldwide are facing a strong offensive from far-right political parties seeking to subjugate critical currents of thought and place academic institutions at their service. To achieve this, they have launched a campaign that includes smear attacks against professors and universities; the elimination of state funding and the expansion of privatization; the widespread implementation of distance education systems; the establishment of clientelism through the discretionary and individualized management of scholarships; and the imposition of ethics and conduct codes that define vague moral offenses, suppress mobilization, and hinder critical thinking. Latin America is currently undergoing a complex situation due to the implementation of many of the measures promoted by the far right, although in some cases it is left-wing populism itself that introduces them. Nevertheless, resistance is also emerging from university actors who advocate for fully funded education, university autonomy, training in critical thinking, and the inclusion of minorities.

Keywords: neoliberalism–university; fascism–university; populism–university.

La universidad como proyecto es el resultado de la interacción entre las dinámicas globales del capitalismo con circunstancias locales de la economía nacional, el régimen político y la postura de los actores universitarios. Ya en los sesenta, Rudolph P. Atcon señaló que la universidad era el microcosmos de ese macrocosmos que era la sociedad¹.

En la coyuntura más reciente, las universidades latinoamericanas se mueven en torno a las cambiantes transformaciones generadas por el neoliberalismo (sus formas de acumulación y su gubernamentalidad); el ascenso de nuevas fuerzas políticas; el dinamismo de movimientos culturales de resistencia; y el movimiento pendular de la política en la región, en particular el tránsito del progresismo a la extrema derecha. Para analizar la situación de la universidad latinoamericana en este escenario cambiante, se parte de una hipótesis: el fascismo es inherente al capitalismo y el actual auge de las extremas derechas está relacionado con la crisis del modelo neoliberal. Con el propósito de crear un modelo explicativo general de la relación entre neoliberalismo y fascismo en América Latina, se examinarán brevemente tres problemas: la relación entre fascismo y capitalismo, así como la existente entre neoliberalismo y fascismo. En segundo lugar, las tendencias de la transformación del neoliberalismo en las últimas décadas. Finalmente, se analizará el impacto del ascenso de las extremas derechas y del fascismo en las universidades de América Latina.

Capitalismo y fascismo

La relación entre capitalismo y fascismo ha generado un debate que ya tiene un siglo de existencia y, a pesar de ello, se renueva permanentemente —hecho evidente en la importante bibliografía recientemente publicada—, especialmente debido al interés por explicar el auge de las extremas derechas y corrientes fascistas en el mundo. Un análisis detallado requeriría abordar la polémica del marxismo en los años veinte y treinta del siglo pasado, así como los aportes de la Escuela de Frankfurt. También habría que considerar la respuesta historiográfica de la ultraderecha para minimizar la historia del fascismo y su afán por colocar el ascenso de Hitler como un simple eco del bolchevismo (François Furet y Ernst Nolte, 2004); reducir a una realidad alemana e italiana en los treinta; y despreciar el uso de la categoría de fascismo como simple propaganda de las izquierdas.

Igualmente, es necesario considerar los planteamientos que se realizan desde nuevos conceptos, como el de la *biopolítica* y la *gubernamentalidad* de Foucault; *necropolítica* de Achille Mbembe (2011); la *autofagia* de Anselm Jappe (2017) y *capitalismo caníbal* de Nancy Fraser (2022). En mayor o menor grado, estos autores señalan que el capitalismo, por principio, se basa en el control de la vida y de la muerte y que no sólo la violencia, sino también el terror, le son constitutivos. Por otra parte, cuando se abordan las definiciones y características del fascismo, se observa una estrecha relación entre los grandes monopolios y el partido nazi; la consideración de la guerra como una empresa capitalista; el decidido carácter anticomunista y antiobrero; el establecimiento del terror y la violencia en la definición de la política; y el recurrir a una retórica nacionalista, racista y sexista.

Hechos recientes, como la guerra en Ucrania o el genocidio en Gaza, evidencian que el capitalismo no tiene reparo alguno en decretar la extinción de pueblos enteros e inventar pretextos y, de esta manera, desatar una guerra nuclear para intentar, nuevamente, hacer de la guerra una empresa que redistribuya mercados. Evidentemente, existen diversas expresiones del capitalismo y de las extremas derechas, como más adelante se explicarán, y por ello se pueden encontrar variaciones en la constitución de la relación entre capitalismo y fascismo.

Auge y crisis del modelo neoliberal

En la última década hemos sido testigos de una gran polémica en torno a la situación del neoliberalismo. La pregunta es si estamos ante el fin del modelo o si asistimos a un proceso de reacomodo y ajuste. El neoliberalismo llegó a América Latina en los setenta por el camino corto de la dictadura militar en Chile y con el gran impulso que le otorgó el gobierno de Ronald Reagan.

Este modelo se caracterizó por un debilitamiento general de aquello que se consideraba restringía el libre encuentro de la oferta y la demanda del mercado. En términos prácticos, significó el debilitamiento del Estado mediante la privatización de sus empresas, la reducción al mínimo de la inversión social y la extinción de la regulación de la actividad económica. En el ámbito laboral, se impuso la eliminación del Estado de bienestar y de la legislación que protegía a los trabajadores en temas de salud, seguridad y condiciones laborales.

El argumento esgrimido era que cualquier imposición a los empresarios, como el salario mínimo, una jornada laboral definida, contratos de trabajo, etcétera, desestimulaba la inversión y no generaba empleo. Para ello, el remedio del neoliberalismo fue la flexibilización laboral, que se manifestó en la eliminación del recargo nocturno y de los festivos, la ampliación de la jornada laboral, la reducción de los salarios y la desaparición de la normatividad que protegía a los trabajadores. En estas reformas no hubo límite y, a pesar de ello, hoy vemos, contra toda la evidencia empírica, que algunos abogan por la bondad del contrato por horas, la extensión de los periodos de prueba, la inexistencia de contrato definitivo de trabajo, entre otros. El cebo es que los jóvenes supuestamente pueden desempeñarse mejor con este modelo (Elon Musk celebra que sus empleados del Departamento de Eficiencia Gubernamental [DOGE] estén dispuestos a trabajar 120 horas a la semana). Evidentemente, lo que se impuso fue la pauperización de la población, a tal punto, que se habla de que el neoliberalismo odia a la gente y declaró una guerra contra la humanidad. En el plano político, la democracia se concibe como el gran enemigo del mercado y, por tanto, es susceptible de verse restringida.

A nivel internacional, se impuso la eliminación de las normas que regulaban las relaciones comerciales entre naciones y se establecieron acuerdos de libre comercio. En el campo industrial se estimuló la fragmentación de las líneas de producción y se generalizó la maquila, en consecuencia, se comenzó a desnacionalizar la industria y a producir donde era más barato. Ropa, automóviles y electrodomésticos comenzaron a fabricarse en el sudoeste asiático, México y Centroamérica, y naciones como Estados Unidos debilitaron sus tradicionales industrias, como la de los automóviles. Igualmente, los países del tercer mundo comenzaron a perder su autonomía alimentaria y a importar cada vez más productos agrícolas, que eran excedentes en Estados Unidos. Las estadísticas mexicanas de las últimas décadas evidencian este giro.

El impacto de estas medidas fue la creciente pauperización de la población, la pérdida de empleo, la desaparición de la industria, la mayor flexibilización laboral y un creciente malestar en los ciudadanos que se manifiesta en ansiedad, depresión y miedo al futuro. Lo particular fue que, a diferencia de otros momentos de la historia, la crisis afectó a todas las naciones. Los únicos que se han enriquecido obscenamente son las grandes corporaciones financieras, la industria militar y las empresas tecnológicas.

El fraccionamiento del campo neoliberal

Desde la crisis de 2008 se desató una fuerte pugna al interior del campo neoliberal. Hay al menos tres lecturas sobre la manera en que debe realizarse la acumulación de capital y a ellas corresponden, con evidentes excepciones y matices, expresiones políticas e ideológicas. El primer sector corresponde a las clásicas élites del gran capital y la industria militar, que operaron bajo un agresivo neoliberalismo y que acentuaron la intervención militar con la clara intención de reconstituir el mapa de las fuerzas políticas y redefinir la distribución del mercado mundial. Ellas crearon el conflicto en Ucrania, intentaron dividir Rusia –según el modelo de desintegración de Yugoslavia–, se propusieron detener a China, alentaron el genocidio en Gaza, y empoderaron a la OTAN.

Este sector se expresó políticamente en el accionar de personalidades como Boris Johnson, Joe Biden, Emmanuel Macron, Olaf Scholz, Annalena Baerbock y Friedrich Mertz. Es el sector que se puede denominar globalista, se caracteriza por su pretensión de mantener el poder a través de la guerra y de establecer un capitalismo de control que permita el sometimiento total de las subjetividades, inspeccionar permanente las ideas y el actuar de los ciudadanos y, recientemente, su deseo de decidir cómo emplear los ahorros de las personas.

La paradoja es que este mismo sector estimuló, financiera y políticamente, al movimiento identitario, también denominado *woke*, especialmente en las universidades y las ONG, asimismo, estimuló la irrupción de un feminismo neoliberal y la producción de saber por encargo. El escándalo en torno al uso de fondos de la USAID para estas tareas evidencia que las fuerzas del capital no consideran un peligro el discurso identitario. Sin embargo, al mismo tiempo, este sector requería legitimar la guerra en Ucrania y el exterminio en Gaza, en consecuencia, a las universidades se les asignó

la función de crear legitimidad para tales empresas. No extraña que fueran las grandes universidades las que cumplieron la función de cerrar el paso a cualquier expresión de crítica de la guerra en Ucrania o de las acciones de Israel en Palestina. Para ello se invocó a los viejos fantasmas: el comunismo y el terrorismo, y se impidió la presencia de filósofos, sociólogos y economistas en universidades europeas –especialmente en Alemania– así como de las fuerzas políticas que cuestionaran la versión oficial de estos acontecimientos (Víctor Orbán, extrema derecha alemana, disidencia en Rumania).

Pero no es el único sector neoliberal que pugna por el control político y económico. Una fracción de la ultraderecha irrumpió con inusitada fuerza y demandó una reconfiguración de la política y el orden económico, especialmente, luego de la crisis de 2008.

En general, se han mostrado críticos a la globalización neoliberal, a la guerra en Ucrania, que hoy sabemos fue inventada y financiada por Estados Unidos y los principales países europeos, tal como ha señalado Donald Trump; rechazan las políticas identitarias del Partido Demócrata y socialdemócratas europeos; están en contra del estímulo a la migración; levantan consignas nacionalistas, xenófobas, racistas y sexistas; entre otros.

Este sector aboga por una transformación radical del funcionamiento de la economía y responde a los intereses de poderosos señores del capital financiero y la industria militar que, como se sabe, financian a la par a demócratas y republicanos. Su pretensión es flexibilizar las relaciones labores, restaurar la industria local, erradicar el despilfarro de recursos y, si es posible, eliminar cualquier restricción al capital. Para ello, no hay límite ni legal ni moral, y tampoco importan los acuerdos internacionales ni la diplomacia.

El mundo, además, se concibe como en los peores momentos del colonialismo y el imperialismo y, por tanto, se pueden declarar zonas de interés estratégico, aunque estén bajo la bandera de otras naciones. Llegan al poder con la promesa de libertad de opinión, así como, libre acceso a la información y la democracia, mientras denuncian los excesos de las corrientes socialdemócratas. Sin embargo, instauran el chantaje y la presión indebida como mecanismo para lograr beneficios comerciales.

El choque entre estos dos modelos es lo que caracteriza la política mundial en la última década y se ejemplifica con la irrupción de Donald Trump, quien le da rostro a esta última expresión, identificada como posneoliberal. Compite con los demócratas y socialdemócratas europeos para ver quién supera las posturas guerreristas de la contraparte.

Cabe destacar que estos dos sectores chocan con los movimientos que, tradicionalmente, tienen inclinaciones fascistas. Esta última corriente está representada por partidos como Vox y la AfD de Alemania, que sufren acoso y persecución de los socialdemócratas y los verdes. Cuatro temas los enfrentan a la socialdemocracia: su oposición a la guerra en Ucrania; el deseo de dialogar con Rusia; la oposición a proyectos de ampliación de la migración; y el manejo de las políticas identitarias. Hay que señalar que, como la política es cambiante, son posibles acuerdos entre el neofascismo y el posneoliberalismo trumpiano.

Esta confrontación de modelos coincide con dos fenómenos de naturalezas distintas, pero claramente relacionados: el ascenso del movimiento *woke* y la irrupción de las extremas derechas y del fascismo. Temas que se explicarán a continuación, aunque se privilegia la relación considerando la situación de la universidad latinoamericana.

El auge del movimiento *woke*

Asistimos a una oleada de activismo identitario, que de manera genérica se denomina movimiento *woke*, y que agrupa una amplia variedad de intereses. Por lo cual algunos llegan a catalogar la especificidad de cada tendencia (feminismo, indigenismo) como “tribal”. Este movimiento tiene la apariencia de expresar lo políticamente correcto. No obstante, creemos que existe una gran diferencia entre estas reivindicaciones y las izquierdas históricas y, por el contrario, una gran afinidad entre las consignas del movimiento identitario y el neoliberalismo².

Por supuesto, hay que resaltar que el universo *woke* no es monolítico, ni lo es el neoliberalismo, y que, a su interior, hay una gran variedad de matices, como en el feminismo. Así, por ejemplo, los partidos de Estados Unidos son neoliberales, pero tienen diferencias en las formas y en los métodos, lo que resulta crucial en algunos casos. El sector demócrata desarrolló una amplia agenda *woke*, mientras el sector de Trump niega por completo sus postulados y amenaza con una dura persecución contra algunas prácticas establecidas. En lo que sí coinciden es en que ambos partidos se inclinan por el imperialismo, el neocolonialismo y la guerra. Suponer que la agenda de Kamala Harris o Biden era más “democrática” es de una ingenuidad extrema, es desconocer la historia reciente de intrusión y guerra en diversas partes del mundo y el hecho de que su intervencionismo colocó al mundo al borde de una guerra nuclear.

En un principio, el gran capital se inclinó por la agenda *woke* y la mayoría de los grandes monopolios mostraron públicamente su beneplácito ante los discursos identitarios. Por supuesto, se destaca que este proceso no ha sido un tránsito tranquilo ni libre de contradicciones. En las dos últimas décadas hemos sido testigos de un auge de los movimientos neofascistas, que igualmente no son un bloque monolítico, pero sí expresan, en general, un rechazo a la mayor parte de los planteamientos identitarios, especialmente por partidos como Vox, las iglesias cristianas e incluso las católicas (Polonia).

Una de las variantes más radicales fue la que hizo posible la reelección de Donald Trump, razón por la cual se propuso desmontar los logros y discursos identitarios, las normas que favorecían a las minorías y la propaganda alusiva al sector LGTB. Paradójicamente, esta orientación fue de inmediato respaldada por sectores de los grandes monopolios que comenzaron a seguir el proyecto trumpiano, así como a dismantelar la publicidad y las normas de acceso al trabajo de las minorías. En consecuencia, este giro evidencia que el gran capital está dispuesto a emplear cualquier método que garantice sus ganancias y sabe ajustarse a los cambios.

Para el posneoliberalismo y los movimientos neofascistas, la irrupción del movimiento *woke* expresa los artilugios del marxismo cultural, es una

A fin de cuentas, este proceso explica por qué los movimientos identitarios comenzaron a actuar como “tribus” aisladas y con la pretensión de que sus reivindicaciones son las más urgentes, por lo cual las agendas políticas y las utopías deben someterse a ellas. Lo paradójico es que el neoliberalismo y sectores del neofascismo en boga encontraron que podían atender a tales reivindicaciones sin poner en tela de juicio el modelo político, ni los fundamentos del orden económico y social. Rápidamente los grandes monopolios, las cadenas de comunicación y entretenimiento y el mundo del espectáculo incorporó la agenda *woke*, por ello, observamos en los últimos años el traslado de enormes cantidades de recursos a exaltar consignas, prácticas y la actualización de contenidos.

La producción de películas y la reescritura de series de Disney; el reconocimiento de la revista *Time* a Bad Bunny en su portada y considerarlo como el artista más importante de América Latina; la temática de la inauguración de los Juegos Olímpicos de París en 2024; o la exaltación del bodrio “Emilia Pérez” a cine arte y una de las más candidatizadas en la historia de los Premios Óscar, son hechos que evidencian el estrecho nexo entre neoliberalismo y movimiento *woke*. Tal circunstancia permite entender que la dirección de la AfD en Alemania la ejerza una mujer lesbiana o que Donald Trump se diga amigo de los homosexuales.

Políticamente, esta tendencia se fortaleció con la agenda de los hombres y mujeres del espectáculo, que comenzaron a publicar en sus redes sociales su apoyo al mundo *queer*, a la Agenda 2030, al ecologismo, al animalismo, etcétera. Es decir, aunque aparecen con retóricas políticamente correctas, dos comportamientos que están en el corazón del neoliberalismo cuestionan su aparente radicalidad: la reducción de la política a un meme o Tik Tok y la puesta en marcha de una agenda sin mediación de organizaciones sociales nacionales, ni proyectos de transformación social. El resultado es la pauperización de la política, pues ya no se requieren la sociedad civil ni grandes elaboraciones teóricas, mucho menos proyectos de transformación radical de las sociedades. Lo significativo ahora es impulsar el modelo de la iniciativa individual (emprendimiento), de la responsabilidad de los sujetos por su situación y reducir la acción política a un meme. En otras palabras, realizar el sueño neoliberal de un mundo sin política.

Por lo expuesto, hay que tomar con precaución las acciones de movimientos identitarios, el derribo de estatuas o las exigencias de perdón a las potencias por el pasado colonial. En apariencia, son reivindicaciones justas, como el rechazo de la catástrofe demográfica del periodo colonial o la apología contra racistas y genocidas, como el general Lee en Estados Unidos. Pero se trata de iniciativas sin proyecto cultural y sólo para llenar una agenda política, o de acciones que no trascienden el nicho en el que se formulan, especialmente en nuestro caso, no cuestionan el orden económico y no benefician de ninguna manera a las comunidades indígenas. Por ejemplo, en México a la vez que se exige el perdón de España se construye el tren maya, obra que apunta a la destrucción de la selva y a la aniquilación de las comunidades bajo el peso de las dinámicas del turismo depredador, los constructores inescrupulosos que urbanizan la selva y la entrega de los destinos turísticos al control del narco. En otras palabras, genera una de las mayores catástrofes ambientales del mundo.

El neoliberalismo, las extremas derechas y las universidades en América Latina

El cambio de siglo colocó a la universidad ante el reto de enfrentar tres crisis: la de hegemonía, la de legitimidad y la institucional (Santos, 1998, pp. 225 y ss). Anota Boaventura de Sousa Santos que el neoliberalismo había favorecido la injerencia del mercado global en la educación superior, lo que atentaba contra la universidad pública (2005). Por ello, la universidad al comenzar el siglo XXI había dejado de ser una prioridad dentro de los bienes públicos producidos por el Estado, con lo cual se atenta en contra de la producción de ciencia, la autonomía y la democracia de la nación.

De igual forma, se impone una “transnacionalización del mercado universitario”, que implica considerar la educación universitaria como una mercancía cuya oferta requiere operar en libertad de mercado. Esto es, privatizada, sin injerencia estatal y desregularizada. El neoliberalismo propone que el control de la educación y de las instituciones sea asumido por empresarios que sepan administrarlas, y no por académicos. Es evidente que la forma histórica de la relación entre las universidades y la nación está fuertemente cuestionada.

Respecto a las formas de gubernamentalidad, se dice que el capitalismo de vigilancia avanza cada día. Para Foucault existen dos tecnologías de poder: la que se basa en la disciplina y la que se basa en la biopolítica (Foucault, 2007). Sin embargo, Maurizio Lazzarato ha señalado que lo particular del momento que vivimos es que se ha producido el establecimiento de amplios mecanismos de control que se caracterizan por el uso de tecnologías destinadas a intervenir en los cerebros de las personas con el propósito de administrar los procesos de subjetivación (Lazzarato, 2006).

Por tanto, hay un paso más allá en la administración de la vida y la muerte. Ahora, tenemos una compilación detallada de cada uno de los actos y aspectos de la vida de los individuos a partir de los cuales se intenta normar y anticipar los comportamientos a futuro; en términos de Shoshana Zuboff se ha establecido un capitalismo de vigilancia (2021). A través del control de las redes sociales y la generalización del sistema de identificación biométrica, el capitalismo y sus instituciones elaboran un conjunto variado de mecanismos de seguimiento que, en algunos países (Canadá, Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania), toman la forma de legislación “precrimen”.

Este modelo se legitima con la supuesta bondad de anticipar los actos delictivos. Gracias a ello, el Estado puede conocer el estado de salud, las preferencias ideológicas y sexuales, las finanzas y los entornos en los que se mueven los ciudadanos. Recientemente, incluso, la Eurozona ha anunciado el establecimiento del dinero digital y ha amenazado con disponer de los ahorros que los ciudadanos tienen en sus cuentas. El primer paso es asumir el control de las cuentas inactivas, pero no ocultan su pretensión de que, en caso de “ser necesario”, se pueda recurrir a los ahorros individuales. De manera que ahora no solo se norma sobre la vida y la muerte de poblaciones enteras, sino que también se pueden administrar las intenciones y comportamientos futuros de los individuos.

Esta distopía ya había sido planteada por el novelista ruso Yevgueni Zamiatin en 1920 en su novela *Nosotros* en la que describe un Estado que controla absolutamente toda la vida de los individuos. Argumento repetido por George Orwell en su célebre novela *1984*, escrita entre 1947 y 1948. Recientemente, la destacada activista de derechos humanos en la antigua RDA, Bärbel Bohley, alertaba que los métodos de la STASI (el servicio secreto) habían sido retomados por las sociedades occidentales liberales, aunque adaptados a los nuevos tiempos con un nuevo lenguaje, de esta forma se imponen prohibiciones secretas, la observación, la sospecha, el miedo, el aislamiento y la marginación, la mentira constante, y la desinformación³.

De manera que se tiene una lógica de funcionamiento del capitalismo que impone métodos de control total como los que aspiraba el fascismo en los años treinta. Y en ese contexto, las universidades resultan uno de los espacios más importantes para ejercer control, tanto por trabajar con ideas como por ser el lugar de la creación y existencia de pensamiento crítico, hecho evidente a lo largo de la historia. Así que la aspiración de las extremas derechas es lograr no solo la extirpación de disidentes políticos (pro-Palestina, por ejemplo), activistas *woke* y del marxismo cultural, sino también controlar –por diversos mecanismos– la vida de las instituciones y la cotidianidad de los profesores, trabajadores y estudiantes. Ahora se verá en detalle cómo opera este intento de sometimiento de las universidades en el contexto del auge de las extremas derechas neoliberales.

Como primer paso, se desata una campaña de desprestigio contra las universidades, los profesores y los saberes que allí se generan. El argumento expuesto es que son un sector ultraprivilegiado de la sociedad, con presupuestos desbordados, profesores con altos salarios, y que sólo está dirigido a formar élites y a mantener programas académicos (humanidades) que no responden a las necesidades de la nación, por lo cual deben reformarse o eliminarse e instituirse programas cortos y técnicos. Para revertir este cuadro desastroso, las extremas derechas proponen la reducción de la financiación estatal, la eliminación de las fuentes que permitían la existencia de becas y programas de estímulos (denominados fideicomisos en algunos países), la revisión de las convenciones colectivas, el endurecimiento de los mecanismos de obtención de estímulos para los profesores y el abandono de los proyectos culturales de gobiernos anteriores. De allí que las consignas por el derecho a la educación universitaria y por el derecho al trabajo docente se escuchen nuevamente en algunos países de América Latina⁴.

El segundo paso es generar un modelo de flexibilización del funcionamiento de las universidades. Esto es, el ofrecimiento de carreras técnicas que en poco tiempo faciliten la formación de nuevas generaciones (proyecto muy popular entre las universidades privadas colombianas)⁵. Igualmente, la generalización de los sistemas de educación abierta y a distancia permite eliminar presupuestos para edificios, pagos de servicios y salarios de profesores. Lo frecuente son módulos e instructores que siguen manuales preestablecidos y aplican sistemas de evaluación sin posibilidad de participación de los estudiantes. Este modelo también evita los conflictos con actores universitarios y, en las estadísticas, el creciente número de matriculados se presenta como un gran logro de los gobiernos. Finalmente, el modelo aparece como democrático, pero oculta una brecha tecnológica

difícil de enfrentar y coloca todo el sistema en manos de privados o de grandes ofertantes de servicios técnicos.

El tercer paso es generar una retórica populista en la que, aparentemente, se legisla en beneficio de los sectores más vulnerables. Este modelo puede promover el sistema de préstamos individuales para poder ingresar a la universidades privadas (programa “Ser pilo paga” en Colombia); la promesa de crear cientos de universidades populares en cualquier pueblo o pequeña ciudad; la eliminación de los requisitos para ingreso (el examen de admisión) o el paso automático (la imposibilidad de que los estudiantes pierdan el año que originalmente se impuso en países como Colombia para los estudiantes de secundaria), la generalización de programas asistencia-listas en los que el Estado ofrece diversos tipos de becas, pero que en realidad buscan la constitución de redes de clientelismo y, en algunos casos, aunque suene paradójico, el establecimiento parcial de la agenda *woke*, por ejemplo, con claro predominio del neoliberalismo feminista, que exalta el “empoderamiento” de las mujeres⁶.

El cuarto paso es el establecimiento de códigos éticos y administrativos para normar y reglamentar la conducta de los profesores y trabajadores, en algunos casos más allá de las instituciones y los convenios de trabajo, pues se asume, por ejemplo, que los docentes son representantes de las universidades en sus comunidades. No extraña, entonces, el pedido del presidente Trump para que las universidades denuncien a los estudiantes y profesores con posturas pro-Palestina y ya hay varios casos en los que se amenaza a egresados con retenerles el título por haberse pronunciado en contra del genocidio en Gaza, tal como lo ha hecho la NYU contra el estudiante Logan Rozos. Salvo unos pocos casos honrosos, como el de Harvard University, hay un sometimiento a esta petición presidencial, sin embargo, no es una situación particular de Estados Unidos, pues en América Latina ya comienzan a establecerse estos códigos éticos con borrosas definiciones de las faltas que facilitan la persecución a los disidentes y al pensamiento crítico.

Hay que aclarar que la idea de que las universidades sean instrumento de la lucha anticomunista no es propia del reciente ascenso de las extremas derechas y el fascismo. Por el contrario, fue un proyecto claramente desarrollado por el nazismo en la Alemania de los años treinta y, por tanto, es de larga tradición en dicha nación⁷. Igualmente, el anticomunismo ha sido un rasgo de la política y la ideología en Estados Unidos, así como propio de un proyecto racista que en varias ocasiones ha intentado someter por completo a la sociedad. Por ello, en varios momentos de la historia se puede encontrar que se publicaban listados de profesores y estudiantes que podían ser simpatizantes comunistas, las universidades debían denunciar a los “infiltrados”, los profesores debían jurar su lealtad a la nación y a los valores estadounidenses y contribuir a señalar a sus compañeros o estudiantes cuyas opiniones despertaban sospechas. Así sucedió en la Universidad de Chicago⁸. Luego vino la etapa del macartismo, sobre la cual no insistimos demasiado por ser conocida. En años recientes se ha promovido el cierre de departamentos, centros de estudio o áreas que permitían reflexionar sobre la explotación en el capitalismo y sobre la diversidad étnica, sexual, etc.

Se podría decir que se trata solamente de Estados Unidos. No obstante, en medio de la oleada de rusofobia y de las campañas sionistas para legitimar el



genocidio en Gaza, observamos en Europa una enorme persecución del pensamiento crítico y de quienes no se apegan a la versión oficial de estos dos conflictos. Hay suficientes ejemplos de eliminación de fondos, expulsión de conferencistas, cancelación de eventos académicos, así como de persecución y seguimiento a profesores y estudiantes en países como Alemania, España, Inglaterra o Francia. Incluso la persecución se desata contra las corrientes de extrema derecha, como la AfD, por oponerse a la guerra en Ucrania. Lo curioso es que, en ocasiones, la extrema derecha y la socialdemocracia coinciden en solicitar la prohibición del pensamiento disidente.⁹ No extraña entonces que exista una propuesta de la AfD para cerrar las universidades a posturas poscolonialistas o que se niegue el acceso a lo que cuestiona la postura oficial, especialmente en el contexto de la guerra en Ucrania, y que encuentre eco en varias universidades, como la Universidad Libre de Berlín o la Universidad Humboldt, en el consejo de ciudades como Berlín y en el parlamento alemán.

Obviamente, al observar casos concretos (países o instituciones), se pueden identificar matices y énfasis particulares. No hay un modelo puro, pues en ocasiones la ultraderecha recurre a fragmentos de la agenda *woke* y, en otras, desata una ofensiva radical contra cualquier evidencia de movimiento identitario. En otros casos es el propio movimiento progresista el que aplica el modelo neoliberal de control sobre las instituciones.

Lo más frecuente es encontrar una enorme difusión de posturas que abogan por el debilitamiento de las obligaciones del Estado, la promoción de la privatización de la educación y la imposición de cambios en las concepciones generales de las instituciones y del saber que ofrecen. El ideal para estas corrientes es reducir al mínimo los aportes del Estado, utilizarlos como medio de presión para chantajear a las universidades, controlar a los intelectuales y promover currículos flexibles, con carreras más cortas y que encajen perfectamente en los proyectos de flexibilización laboral, así como promover que las instituciones se conviertan en el baluarte de la lucha contra el marxismo cultural.

Comentario final

En América Latina se vive una situación en la que confluyen las distintas corrientes neoliberales, el movimiento identitario, etcétera. Igualmente, existe una ofensiva de las extremas derechas y el neopopulismo contra las universidades. Con este proyecto se busca eliminar el peso, la influencia de la comunidad académica y administrar el potencial de lo que podría ser un pensamiento crítico. Para ello se emplea el presupuesto como un arma para debilitar a los académicos.

Es frecuente la eliminación de la financiación estatal para las universidades públicas tradicionales, la creación de programas para supuestamente construir cientos de universidades populares, la eliminación de fondos especiales (los fideicomisos), el establecimiento de reformas en las que se debilita la autonomía universitaria y la libertad de cátedra, el control de los recursos de la educación a través de la administración de becas para otorgarlas por medio de redes de clientela, el establecimiento de un sistema en el que las universidades privadas admiten a estudiantes de origen popular a quienes el Estado les otorga préstamos (programa “Ser pilo paga” en Colombia), la definición de qué campos de saber se deben privilegiar y, obviamente, la toma de las rectorías. El objetivo es destruir los proyectos culturales preexistentes, someter a los académicos e intelectuales y controlar las instituciones y sus funcionarios.

Naturalmente, hay movimientos de resistencia que se expresan en corrientes que promueven una mayor inversión estatal, el empoderamiento de las epistemes alternativas y los movimientos identitarios y, por supuesto, la defensa de la autonomía y de la existencia de las universidades públicas. Esta tendencia se desarrolla en medio de fuertes contradicciones internas, choques con las fuerzas de extrema derecha e incluso campañas de terror y persecución cuando estas asumen la conducción del Estado, como en Brasil (Bolsonaro) y Argentina (Milei).

En las universidades, las extremas derechas asumieron una cruzada para desterrar el movimiento *woke* y el denominado marxismo cultural. En términos prácticos, significa el fin de la financiación a los movimientos identitarios, de la diversidad sexual, la difusión de una verdad que supuestamente evidenciará los crímenes del comunismo, una moral fundada en el radicalismo de las iglesias cristianas y la imposibilidad de criticar el genocidio en Gaza bajo la acusación de apología al terrorismo. Paradójicamente, en algunos casos, el debilitamiento de las universidades se realiza recurriendo a la agenda *woke*, en consecuencia, vemos banderas de diversidad sexual en las universidades, uso de lenguaje inclusivo, pero al mismo tiempo se imponen los códigos de ética y control del comportamiento a profesores y trabajadores.

La lucha por las epistemes alternativas y el combate al colonialismo cultural han dado lugar a la tendencia de fortalecer las agendas autóctonas, Abya Yala o “pachamamistas”, en las que el rechazo al pensamiento occidental se difunde en nombre de la superación de las narrativas eurocentristas u occidentales, del patriarcalismo, del racismo y otras. En apariencia esto suena muy avanzado, pero esconde graves consecuencias, entre ellas la pretensión de que en la ciencia y la cultura existe la posibilidad de un desarrollo

autárquico de un impreciso sur global; el argumento de que el lenguaje y la ciencia (los conceptos) son entidades inmóviles y que son ajenas a la lucha social y a la historia; el descartar de plano la consideración de la humanidad como especie con un destino compartido; el desprecio por el internacionalismo, la hermandad entre los pueblos y cosmopolitanismo; el desconocer los aportes de las ciencias sociales occidentales; y el elaborar un pasado indígena puro en el que existían pueblos pacíficos, sabios y respetuosos de la naturaleza por lo cual son la alternativa para América Latina.

La universidad en América Latina, en los últimos años, ha experimentado el impacto de corrientes neoliberales, neofascistas, progresistas y populistas. Hubo un intento de imponer la agenda de extrema derecha durante el gobierno de Jair Bolsonaro en Brasil, que actualmente la desarrolla el gobierno de Milei en Argentina. En los demás países de la región hay una pugna por el control de las instituciones y la reconfiguración de sus funciones, como en Colombia. En algunos países, los actores universitarios o los gobiernos progresistas han intentado consolidar la diversidad de los movimientos identitarios, han logrado financiar la educación superior y han rediscutido las funciones sociales de las universidades. Por su parte, los actores universitarios han sido artífices de los cambios y de la resistencia al neoliberalismo. Finalmente, el populismo, a pesar de su retórica, gobierna contra el proyecto de universidades que existió tercamente en el último cuarto del siglo XX.

Notas

1. Atcon fue asesor de la UNESCO y artífice de la reforma universitaria en los años sesenta en varios países de América Latina.
2. Se siguieron las fuertes críticas al movimiento woke y el rechazo a cualquier identificación con la izquierda que hacen Élisabeth Roudinesco (2023) y Susan Neiman (2024).
3. Chaim Noll, “Bärbel Bohley: Die frau, die es voraussah”, véase https://www.acgut.com/artikler/baerbel_bohley_die_frau_die_es_vorraussah
4. Sobre el derecho a la educación universitaria y el derecho al trabajo docente en países como Argentina y Uruguay véase Lucardi y otros (2024).
5. “¿Por qué cada vez más universidades privadas le apuestan a ofrecer carreras técnicas? La Javeriana no es la única”, véase <https://www.eltiempo.com/vida/educacion/por-que-cada-vez-mas-universidades-privadas-le-apuestan-a-ofrecer-carreras-tecnicas-la-javeriana-no-es-la-unica-3453468>
6. Sobre la definición y características del feminismo neoliberal, véase María Celina Penchansky (2018).
7. Emmanuel Faye, al estudiar las inclinaciones fascistas de Arendt y Heidegger, analiza cómo se produjo el asalto y control de las universidades alemanas al comienzo de los años treinta del siglo XX y el papel jugado por estos dos filósofos (Faye, 2019).
8. El anticomunismo está presente en Estados Unidos desde comienzos del siglo XX. A manera de ejemplo considérese que en 1938 se creó el Comité de Vigilancia de Actividades Antiamericanas; posteriormente la House of un American Activities Comission (HUAC); el Federal Employee Loyalty Program, destinado a desarraigar toda presencia de comunistas en oficinas del Gobierno Federal; la Oficina de Educación de Chicago creó propuesta para la “educación patriótica”, los docentes de la universidad fueron obligados a emitir un juramento de lealtad y el *Chicago Tribune* publicó listas de estudiantes simpatizantes de izquierda; por último, en 1949, la Universidad de Washington, Seattle, se pronunció en contra de que profesores comunistas enseñaran en esa casa de estudios y en otros establecimientos (Bozza, 2014).
9. La propuesta de Ley de Enseñanzas Superiores, Universidades y Ciencias que se impulsa en Madrid, España, contempla privatización, recorte de la financiación, institucionalización de faltas a la constitución, castigo a la participación en protestas no autorizadas o por ocupar lugares públicos (como el campamento pro-Palestina), falta de respeto al personal universitario, colocar pancartas o símbolos sin autorización e imposición de multas de hasta un millón de euros a los infractores.

Referencias

- Bozza, J. A. D. (2014). "Navegar en la tormenta: El anticomunismo en la historiografía de los Estados Unidos durante la Guerra Fría", *Sociohistórica*, 33, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6362/pr.6362.pdf
- Chacón, M. (2025). ¿Por qué cada vez más universidades privadas le apuestan a ofrecer carreras técnicas? Disponible en: <https://www.eltiempo.com/vida/educacion/por-que-cada-vez-mas-universidades-privadas-le-apuestan-a-ofrecer-carreras-tecnicas-la-javeriana-no-es-la-unica-3453468>
- Faye, E. (2019). *Arendt y Heidegger. El exterminio nazi y la destrucción del pensamiento*. Madrid: Akal.
- Foucault, M. (2007). *El nacimiento de la biopolítica, Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Furet, F. y Ernst N. (2004). *Fascism and Comunist*. University of Nebraska Press.
- Fraser, N. (2022). *Cannibal Capitalism: How our System is Devouring Democracy, Care, and the Planet and What We Can Do About It*. London: Verso.
- Jappe, A. (2017). *La sociedad de la autofagia. Capitalismo, desmesura y autodestrucción*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Lazzarato, M. (2006). *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Lucardi, A., Cancela B., H. y Cano M., A. (2024). *Derecho a la universidad: pospandemia y trabajo docente*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, IEC-CONADU.
- Martínez, J. M. (2024). *Neomarxismo, feminismo, marxismo y género. De la batalla económica a la batalla cultural*.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica. Seguido sobre el gobierno privado indirecto*. Madrid, Melusina.
- Neiman, S. (2024). *Izquierda no es woke*. México: Debate.
- Noll, C. von (2019). *Bärbel Bohley: Die frau, die es voraus-sah*, Disponible en: https://www.achgut.com/artikel/baerbel_bohley_die_frau_die_es_vo-raussah
- Penchansky, M. C. (2018). "Aproximaciones teóricas al feminismo neoliberal", *Astrolabio. Revista internacional de filosofía*, 22, pp. 204-215. doi: 10.1344/astrolabio2018.22.17
- Roudinesco, E. (2023). *El yo soberano. Ensayos sobre las derivas identitarias*. México: Debate.
- Santos, B. S. (1998). *De la mano de Alicia: lo social y lo político en la postmodernidad*. Santafé de Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Facultad de Derecho Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes.
- Santos, B. S. (2005). *La universidad en el Siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad*. México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Coordinación de Humanidades.
- Zuboff, S. (2021). *La era del capitalismo de vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. México: Paidós.

